

Esta, sin dejar de sollozar, aspiró con delicia el humo del tabaco. Después con voz alterada, profirió:

—¡Trabajos forzados!

—¿No temen á Dios esos asesinos?—exclamó Korablova.—¡Condenar á una inocente!

En aquel instante sonaron carcajadas entre las mujeres que miraban al patio por la reja. Hasta la niña reía, y su risa argentina se mezclaba con la risa gutural y cascada de las viejas.

—¡Ah, canalla! ¿Qué demonios hace ahora?—exclamó la mujer pelirroja riendo á carcajadas; y, pegándose contra la reja, profirió palabras obscenas é insensatas.

—¡Anda, estúpida! ¡vaya un modo de reirse!—dijo la Korablova, y volviéndose hacia la Máslova, preguntó:

—¿Cuántos años?

—Cuatro.

Y las lágrimas, que corrían abundantes de sus ojos, mojaban el cigarrillo. Lo tiró con furia y tomó otro. La guardavía lo recogió y lo guardó.

—A lo que se vé,—dijo,—hacen lo que quieren,—y siguió hablando sin tregua, en voz baja.

Las demás mujeres se habían apartado de la ventana y acercádose á la Máslova. La primera fué la vendedora de vino con su chiquilla.

—¿Por qué tanta severidad?—preguntó, sin dejar de hacer calceta.

—Porque no hubo dinero. Con dinero se hace lo que se quiere. Aquel de la nariz remangada es capaz de sacar seco del agua á uno que se ahoga.

—¡Ya!—intervino la Choroschavka,—pero ese por menos de mil rublos no te escucha siquiera.

—Se ve que era tú destino,—afirmó la viejecita.—Imaginar que después de haber robado la mujer á otro han encarcelado al marido, y á mí, á mi edad...—y por centésima vez volvió á contar su historia.—Se ve que de la prisión y el mendigar nadie puede estar libre.

—Siempre sucedé así,—dijo la vendedora de vino, mirando la cabeza de su hija, á la que aguantó entre las rodillas mientras sus dedos ágiles se perdían entre el pelo.—¿Por qué vendes vino?... Pues no sé que debía hacer para que mis hijos no se murieran de hambre...—Y prosiguió en su operación de busca y captura.

La Máslova, al oír la palabra vino, recordó que tenía sed.

—De buena gana bebería un trago,—dijo á la Korablova en tanto que enjugaba sus ojos con las mangas de la camisa,

—¿Por qué no? ¿Tienes dinero?—replicó la otra.

XXXII

La Máslova sacó el dinero del pan y alargó á la Korablova el billete nuevo. Lo tomó ésta y aunque no sabía leer creyó lo que le decía la Choroschavka, que le afirmaba tener un valor de dos rublos y medio. Luego se acercó á la estufa, que era dónde escondía la botella.

Las mujeres se alejaron y la Máslova, después de sacudir el polvo de la blusa y del pañuelo, se sentó en la cama y empezó á morder el pan.

—Te habla guardado té,—dijo Fedossia tomando una tetera de hojadelata. Ahora quizá esté frío.

La bebida estaba helada, pero la Máslova la tomó y fué bebiendo á sorbos.

—Toma Finascka,—añadió echando un trozo de pan al niño que la miraba con avidez.

Entre tanto Korablova había traído la botella de vino y el vaso. Máslova los tomó y ofreció vino á su vendedora y á Choroschavka. Las tres formaban como la aristocracia de aquel lugar porque tenían dinero y se tenían mútuas consideraciones.

Al cabo de algunos momentos la Máslova se reanimó y empezó el relato de lo que la había ocurrido, remedando los ademanes y la voz del fiscal, y haciendo hincapié con preferencia sobre cuanto le había producido mayor impresión. Particularmente le había llamado la atención que todos aquellos hombres la hubiesen mirado con preferencia á ella, no tan sólo en la sala del tribunal, sino también en el cuarto de los acusados, donde algunos habían entrado expresamente.

—Hasta los soldados,—añadió,—vienen á verte. A veces entra alguno que pide una tarjeta ó cualquier otro objeto; pero se advierte que lo que quiere es mirarla á una, y entonces te devora con los ojos.

Diciendo esto sonreía levantando los ojos con admiración.

—Todos son así,—dijo la Korablova.—Son como las moscas que acuden á la miel; á todos les pasa lo mismo...

—Hasta aquí,—interrumpió la Máslova,—me ha ocurrido lo mismo. Al entrar encontré un grupo de presos que venían de la estación y se me han echado encima. ¡Por fortuna ha venido el vice director en mi auxilio! Había uno especialmente pegajoso.

—¿Qué aspecto tenía?—preguntó la Choroschavka.

—Moreno, con bigote...

—Sería él.

—¿Quien él?

—El, Ischegloff, el que acaba de pasar por aquí

—¿Quién es ese Ischegloff?

—¡Cómo! ¿no conocéis á Ischegloff, que se ha escapado dos veces de presidio?... Ahora le han cogido de nuevo; pero no importa, se escapará otra vez. Figuráos que hasta los carceleros tienen miedo de él!—La Choroschavka, que distribuía las cartas á los detenidos, estaba siempre al corriente de cuanto ocurría en la prisión.

—¡Con tanto escapar, veo que no escapa del todo!—exclamó la Korablova;—dime,—añadió, volviéndose hacia la Máslova,—¿qué te ha dicho el abogado acerca del recurso contra la sentencia?

—¡No sé nada!—contestó la Máslova.

La mujer gorda y alta, de rostro amarillento, se había acercado entre tanto á las que bebían vino, y hundiendo la mano en la mata de su pelo, rojo, espeso y rizado, empezó á rascarse furiosamente la cabeza.

—Yo te lo diré, Catalina,—dijo á la Máslova.—Primera-mente debes decir que no estás conforme con la sentencia, y después recurrir al abogado.

La Korablova se volvió, contestando con voz iracunda:

—¿Qué vienes á hacer aquí tú? Se conoce que has olido el vino: ya sabemos lo que tenemos que hacer sin necesidad de que tú nos lo enseñes.

—No hablo contigo, cállate.

—¡Oidlal! ¿Quieres ó no vino?

—Bueno, dale también á ella,—dijo la Máslova, dispuesta siempre á compartir con los otros lo que tenía.

—¡Tontal!... ¡Le daré lo que necesital!

La pelirroja empezó á resoplar contra la Korablova.

—¡Ya sabes que no te tengo miedo!

—¡Asquerosal! ¡Carne de galeral!

—Lo dirás por tí.

—¡Mala sangre!

—¿A mí, á mí esto? Tú sí qué eres una asesina,—gritó la mujerona furiosa.

—Apártate, te digo,—exclamó la Korablova amenazadora.

Pero la otra se acercaba más y más, y la Korablova le dió un empujón en mitad del pecho, gordo y plácido. Esto es lo que parecía esperar la otra, pues con un ademán rápido le cogió el pelo, tratando de abofetearla con la otra mano; la Korablova se la cogió con fuerza, y durante algunos minutos pugnaron las dos por derribarse. Máslova y Choroschavka, trataban de librar el pelo de su compañera; pero la otra apretaba de firme. Sólo un momento soltó la trenza, pero fué para arrollarla más estrechamente alrededor de la muñeca, en tanto que la Korablova, con la cabeza baja, pegaba á su adversaria y trataba de morderle la mano. Las mujeres se habían agrupado en torno de las dos combatientes, y trataban de separarlas, lanzando agudos gritos; hasta la tísica, sacudida por un golpe de tos, miraba á las que se peleaban. Los niños lloraban y se apretaban unos contra otros asustados. De repente comparecieron los carceleros atraídos por el escándalo. Las contentientes fueron separadas; y entonces la Korablova, arreglándose el pelo desgreñado, y la otra, tratando de ocultar el pecho que se le veía por la camisa desgarrada, empezaron á gritar, á dar explicaciones, á quejarse.

—Sí, sí, sé perfectamente que la causa de todo es el vino y mañana se lo diré al director, que os castigará,—decía la llavera.—No tengo tiempo de escuchar vuestras historias. ¡Cada cual á su sitio y silencio!

Pero el silencio tardó en restablecerse. Las dos mujeres siguieron blasfemando, y ambas se achacaban mutuamente la culpa de la riña. Al cabo se aquietaron y salieron los carceleros.

La viejecita se arrodilló entonces ante el *icono* y empezó á rezar sus oraciones.

—Ya, dos mujerotas de galera se han pegado,—empezó de repente desde el otro extremo de la cama la pelirroja,

con su voz ronca, acompañando cada palabra con una horrenda blasfemia.

—Mira que te rompo la cabeza,—replicó la Korablova, blasfemando á su vez.

Durante un instante callaron.

—Si no me hubiesen detenido la arranco los ojos,—continuó la primera, á la que Korablova contestó en el mismo tono.

Al cabo se calmaron las dos mujeres y todo permaneció en silencio.

La mayoría se habían acostado y algunas murmuraban entre dientes. Sólo la viejecilla rezaba, y la hija del diácono paseaba por la sala.

La Máslova no dormía. Pensaba que era una mujer de galeras, que ya dos veces la habían llamado así, y aquel pensamiento le parecía atroz. La Korablova, que le daba la espalda, se volvió hacia ella.

—No lo habría pensado nunca,—dijo la Máslova en voz baja.—¡Pensar que hay otras que salen bien libradas y que yo siendo inocente, he sido condenada!

—No te asustes,—decía la Korablova consolándola.—En Siberia también hay gente y podrás arreglarte.

—Sí, sí, me arreglaré; pero entre tanto sufriré mucho, pues estaba acostumbrada á una vida cómoda. ¡No merecía yo parecida suerte!

—No se puede ir contra la voluntad de Dios,—dijo la otra.—El es quien lo dispone todo.

—Ya lo sé, pero cuesta mucho resignarse.

—¡Oye á aquella simple!—hizo la Korablova, llamando la atención de la Máslova, hacia unos sollozos que se oían al otro extremo de la cama común.

La pelirroja lloraba. La habían insultado y pegado, sin poder obtener una gota de aquel vino que deseaba tanto!... Siempre en su camino había hallado burlas, blasfemias, injurias, golpes... Quiso confortarse evocando la memoria de su primer amor con Jedka Molodonkoff, un obrero jo-

ven; pero de repente recordó como había terminado aquel amor la noche terrible en que Molodoucoff, borracho, le había lanzado, por broma, un vaso de vitriolo, riendo descompasadamente con los amigos, en tanto que ella se retorció á impulsos del dolor... Y aquel recuerdo le produjo una gran piedad hacia sí misma, hizo que se sintiera abandonada y prorrumpió en amargo llanto, como un niño, quejándose y tragándose sus lágrimas amargas!...

—¡Pobrecita!—exclamó la Máslova,—¡da lástima!

—Sí, que da lástima; pero por lo menos, que respete á los otros.

XXXIII

Al despertar al día siguiente, Neklindoff sintió la impresión de que en su existencia había ocurrido algo muy grave, y antes de recordar siquiera lo que era, comprendió que sólo podía ser un acontecimiento noble y profundo; Katiúscha, el juicio, la necesidad de decir en lo sucesivo la verdad entera y de romper con toda mentira.

Por extraña combinación, aquella misma mañana llegó la carta que Neklindoff esperaba con tanta impaciencia y de la que tenía ahora más necesidad que nunca. María

Vassilievna le devolvía su libertad y le deseaba felicidad completa en el matrimonio que consideraba próximo.

—¡Matrimonio!...—exclamó él con ironía;—¡cuán lejos estoy de ello!

Recordó lo que se propusiera la víspera: revelar su culpa al marido y ofrecerle una reparación. Pero, pensándolo mejor, no le parecía natural aquello.

—¿Para qué hacer infeliz á un hombre cuando no sabe nada? Si me lo pregunta, se lo confesaré todo; pero ir á decirselo expresamente, es inútil.

También pensó que no era fácil hablar sinceramente á Missy. Creyó que lo más prudente era no ir á casa los Korchaghin, y decir la verdad cuando le interrogaran.

Con Katiúscha debía ser todo muy claro y definido.

—Iré á verla á la cárcel, la rogaré que me perdone, y si es preciso me casaré con ella;—pensaba, y aquella idea de sacrificarse, de casarse á fin de dar satisfacción moral al deber, le conmovía.

Desde hacía mucho tiempo, Neklindoff no había empezado un día con tanto valor de ánimo. Explicó á Agripina Petrovna que en lo sucesivo no tenía ya necesidad ni de aquella casa ni de sus servicios. Si continuaba viviendo en aquella casa tan grande, era porque debía casarse; ahora, declarando que no quería habitarla, daba á comprender que renunciaba al matrimonio.

La anciana ama de llaves lo miró con extrañeza.

—Os doy gracias por los servicios que me habéis prestado, pero no necesito ni tantos criados ni un palacio como éste. Deseo que arregléis mi ropa y después Natascha, —era la hermana de Neklindoff,—os dará las órdenes oportunas.

Agripina Petrovna, movió la cabeza.

—¿No necesitáis nada más?

—No, nada. Tened la bondad de decir á Kornei que, aunque le he anticipado dos meses de sueldo, está libre desde este momento.

—¿Lo habéis pensado bien, Dimitri Ivanovitch? Si vais al extranjero, al volver, bien necesitaréis una casa.

—No habéis comprendido. No voy al extranjero.

De repente se ruborizó hasta la raíz del pelo.

—Es preciso que se lo diga todo, pensaba. Es inútil callar. ¡Precisa una confesión completa!...

—Me ha sucedido,—empezó hablando en alta voz,—un caso muy grave y extraño. ¿Recordáis la Katiuscha de mi tía María Ivanovna?

—Sí, yo la enseñé á coser.

—Pues ayer estuvo procesada en el tribunal, y yo era uno de los jurados.

—¡Ah, Dios mío! ¡Pobrecita! ¿De qué la acusaban?

—De homicidio. ¡Yo tengo la culpa!

—¿Cómo la culpa?... ¡Es muy extraño lo que decís!— Por sus viejos ojos pasó como una luz vivísima: conocía la historia de la Katiuscha.

—Sí, sí, la causa de todo soy yo; esto es lo que cambia por completo mi porvenir.

—No comprendo qué tenga que ver eso con vuestra vida,—dijo Agripina, conteniendo una sonrisa.

—Ya que yo tengo la culpa de que haya llegado á tal estado, debo hacer lo posible para socorrerla.

—Esto depende de vuestra buena voluntad; pero gran parte de lo que ha ocurrido no es culpa vuestra. No debéis apesadumbraros por ello; hace tiempo que se apartó del buen camino. ¿Quién tuvo la culpa?—concluyó con gravedad.

—Yo, y por eso quiero repararla.

—En cuanto á eso, creo que será difícil.

—También lo creo yo; pero de todos modos trataré de lograrlo. En cuanto á vos, ya sabéis lo que dispuso mi madre...

—No pienso en mí. La difunta princesa fué tan generosa conmigo, que no necesito nada... Mi sobrina me ha llamado ya varias veces á su lado; iré á vivir con ella. Pero

creed que hacéis mal en tomároslo tan á pecho; si no hubiera sido con vos, hubiera sido con otro.

—Yo lo creo de otro modo. Arreglad la ropa y no me sermoneéis.. Os doy gracias por todo.

Desde que Neklindoff comprendiera que llevaba una vida inmoral y se inspiraba desprecio á sí mismo, sentía por Agripina y por Kornei grande estima y afecto: hubiese querido confesar su culpa también á Kornei; pero no se atrevió á hacerlo.

Yendo hacia el tribunal, conducido por el mismo coche-ro, á través de las mismas calles, Neklindoff se sentía un hombre completamente distinto del día antes.

Su matrimonio con la Missy le parecía imposible. Ayer le parecía que la princesa hubiese sido felicísima; ahora se reputaba indigno, no sólo de casarse con ella, sino de estar á su lado.

—Si me hubiese conocido á fondo,—ni siquiera hubiese consentido en recibirme. ¿Cómo podría ser feliz ni estar tranquilo siquiera pensando que Katiuscha está en la cárcel y que mañana ú otro día irá á presidio? Y en tanto que esa infeliz, caída en el abismo por mi culpa, sufrirá en Siberia, yo me divertiría con una mujer joven ó votaría en la asamblea al lado del mariscal de la nobleza, á quien he engañado de un modo indigno! No, no, es imposible. Voy á hablar con el abogado y después, después la veré, la hablaré y haré que me perdone.

Al pensar que tenía que volver á verla, que le confesaría sus faltas, que le prometería repararlas en lo posible y casarse con ella, se sentía conmovido hasta lo indecible.

XXXIX

Al llegar al tribunal, Neklindoff halló en el corredor al ugiér y le preguntó dónde podían verse los presos ya condenados. El ugiér contestó que estaban en diversas prisiones y que antes de que se decidiera definitivamente acerca de su suerte, solo el fiscal general podía otorgar permiso para verles.

—Os acompañaré yo mismo después de la sesión,—dijo;—ahora no se puede ver al fiscal.

Neklindoff dió las gracias al ugiér y estaba para entrar en la sala de los Jurados cuando salieron los otros, dirigiéndose hacia la sala del tribunal.

El mercader de la cara placida, que había comido bien y bebido mejor, como de costumbre, saludó á Neklindoff como á un viejo amigo; hasta Pedro Gerassimovitch no despertó la antipatía que inspiraba al príncipe por su familiaridad habitual.

Neklindoff hubiese querido revelar á los Jurados las relaciones que tuvo con la acusada del día anterior.

—Ayer,—pensaba,—debía levantarme y confesar mi culpa ante el público.

Pero cuando en la vasta sala entraron los tres magis-

trados, el sacerdote, los guardias, los Jurados que se sentaron magestuosamente, sintió un recogimiento grave y solemne, y comprendió que ni el día anterior se hubiese podido atrever á turbar aquella magestad, aquellas funciones augustas.

Después del juramento de los Jurados y de la arenga del presidente, Neklindoff asistió á las mismas formalidades preliminares. Se trataba de un hurto. El acusado, joven de veinte años, delgaducho, estrecho de hombros y con el resto anémico, estaba sentado en el banquillo, entre dos soldados con el sable desenvainado y miraba á hurtadillas á los que encontraban. La acusación decia que junto con un compañero había descerrajado la puerta de un almacén y robado por valor de rublos 375. Resultaba que el *gorodovoy*, agente de policía,—había sorprendido al acusado y á su cómplice; que ni uno ni otro negaron, que los dos fueron arrestados; el cómplice había muerto y ahora sólo se juzgaba al joven. Sobre la mesa, como pruebas materiales, estaban los objetos robados.

Los debates seguían el mismo curso que el día anterior: las pruebas, los peritages, los juramentos, los testigos, los interrogatorios. El *gorodovoy* contestó á todas las preguntas del presidente, del fiscal y del defensor con respuestas breves:

—Sí, señor; no señor; no lo sé; eso es.

Evidentemente sentía piedad por el acusado y no quería agravar su situación.

El otro testigo, un viejecillo bilioso, propietario del almacén, al ser preguntado si los objetos presentes eran suyos, contestó que sí de mala gana. Cuando el fiscal le preguntó si tenían importancia para él, prorrumpió así:

—¡Maldito lo que me importan esas cosas! Si hubiese sabido que me tenían que dar tantos quebraderos de cabeza, no sólo no me hubiera quejado, sino que hubiese pagado algo para evitarme tantas molestias. He gastado

ya cinco rublos en coches y además estoy enfermo: paidezco de una hernia y tengo reumatismo.

El acusado lo confesaba todo, hablando en voz baja y mirando alrededor como una bestezuela caída en una trampa, con ojos sin expresión.

El hecho era muy claro; pero el fiscal, como el día antes hacía preguntas sugestivas como si se tratara de sorprender en contradicción un culpable muy temible. Luego, en la requisitoria sostuvo, que el hurto se cumplió en lugar habitado y con fractura, circunstancias por las cuales el acusado merecía una condena severísima. El defensor combatía los argumentos del fiscal y sin negar el delito decía que el culpable no constituía para la sociedad el peligro que aseguraba el acusador. El presidente, que representaba la imparcialidad y la justicia, explicó á los jurados lo que ya sabían y lo que no podían saber. Del mismo modo que el día antes había intervalos en la sesión, se fumaba, el ugiar anunciaba en voz alta la entrada del tribunal y los guardias estaban sentados, tratando de sacudir el sueño.

Según se desprendía del proceso, el acusado había sido puesto por su padre en una fábrica de tabaco, donde permaneció cinco años, siendo despedido al cabo de ellos por algunas diferencias surgidas entre el principal y varios operarios. Al encontrarse sin ocupación, se arrastró por las tabernas, gastando el poco dinero que tenía; en una hostería conoció á su cómplice y los dos, embriagados, habían descerrajado la puerta de un almacén, tomando los primeros objetos que encontraron. Ahora este muchacho debía ser considerado como un sér peligroso para la sociedad.

—Sí, es un sér peligroso,—pensaba Neklindoff,—como la acusada de ayer. Estos son peligrosos; ¿qué somos nosotros entonces? ¿Qué soy yo, libertino y seductor, y toda esta sociedad que sabiéndome tal, no solamente no me des-

precia, sinó que tiene conmigo toda clase de consideraciones y me estima.

Aparecía claramente que el acusado no era un delincuente excepcional, sinó un pobre hombre que hurtó porque las circunstancias le impulsaron á ello. Resultaba también de un modo claro que para evitar casos parecidos era preciso suprimir las circunstancias que los engendraban, esas circunstancias que se llaman necesidad, ignorancia, miseria.

—Hubiese bastado,—pensaba Neklindoff mirando el rostro pálido y miedoso del muchacho,—que un hombre hubiese sentido compasión por este infeliz y hubiese ido en su auxilio. Hubiera bastado que cuando después de doce horas de trabajo, se bebía su jornal en la taberna con compañeros de más edad que él, un hombre le hubiese dicho:

—¡No vayas á la taberna, haces mal! El joven se hubiese abstenido y ahora no estaría ante nosotros.

Pero no había aparecido jamás ese hombre benéfico, en tanto que trabajaba como un negro. Lo que había aprendido entre sus compañeros es que se tiene por listo, aquel que sabe beber y blasfemar, y mentir al prójimo. Y cuando enfermizo y corrompido, vagando sin dinero por la ciudad, sin ocupación ninguna, habiase apoderado de unos trastos viejos, la sociedad, para enmendarle, le castigaba. ¡Era una cosa abominable!

Absorto en tal pensamiento, Neklindoff no seguía siquiera las fases del proceso, aquellos hechos que pasaban ante los ojos de su espíritu, le disgustaban. Y le maravillaba que antes no lo hubiese advertido, que no lo advirtieran los otros.

XXXV

Apenas suspendida la sesión por unos instantes, Neklindoff salió al corredor decidido á no poner de nuevo los pies en la sala. Que hicieran del infeliz lo que quisieran; pero de ninguna manera quería prestarse á tomar parte en tal comedia.

Se informó de donde estaba el despacho del fiscal y se dirigió allí. El portero no le quería dejar franco el paso, afirmando que estaba muy ocupado; pero Neklindoff le apartó y dirigiéndose á un empleado le expuso su pretensión. El título de príncipe y el elegante traje de Neklindoff hicieron efecto, y pasó.

El fiscal estaba en pie, disgustado por la insistencia del príncipe.

—¿Qué deseáis?—preguntó con tono severo.

—Soy jurado; me llamo Neklindoff y es absolutamente preciso que vea á la Máslova—replicó rápidamente ruborizándose, y comprendiendo que cumplía una acción de decisiva influencia en su vida.

El procurador era un hombre moreno, de mediana estatura ojos vivos y pelo y barba espesos.

—¿Máslova? Sí, la conozco... Está acusada de envenena-

miento. ¿Y por qué deseáis verla?—dijo con calma, y luego, para corregir la aspereza de sus palabras, añadió:—No puedo dar permiso sin conocer el motivo de vuestra petición.

—Debo verla para un asunto que me interesa mucho,—replicó ruborizándose más.

—¿Pero, ha sido ó no condenada?

—Sí; fué condenada á cuatro años de trabajos forzados, y es inocente.

—¿Sí?—repuso el fiscal sin parar mientes en lo que de la inocencia de la Máslova decía Neklindoff.—Si se la condenó ayer, debe estar en la cárcel provisional y allí se permite ver á los detenidos. Os aconsejo, pues, que vayáis allí.

—Es que necesito verla pronto.

—¿Y por qué necesitáis verla?

—Porque ha sido condenada á trabajos forzados siendo inocente. Yo sólo soy el culpable.

—¿Cómo es eso?

—Yo la seduje y la he llevado á la abyección en que vive. Sin mi falta no se hallaría en tal situación.

--No comprendo qué tenga qué ver eso con la entrevista que solicitáis.

—Quiero seguirla y... casarme con ella.—Y como siempre al hablar de su resolución, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿De veras?—dijo el fiscal.—Es un caso singular. Si no estoy equivocado, sois consejero de la ciudad de Krasnopiorsch,—añadió, acordándose de haber oído hablar de Neklindoff que ahora le decía una cosa tan rara.

—Dispensad, creo que esto no tiene ninguna relación con mi petición,—replicó Neklindoff impacientándose.

—Es verdad,—contestó el fiscal sin inmutarse y casi sonriendo.—Pero vuestro deseo es tan extravagante, se aparta tanto de lo vulgar y corriente...

—¿Tendré el permiso?

—Sí; ahora lo escribiré. Sentáos, os lo ruego.

Y acercándose á la mesa empezó á escribir.

Neklindoff permaneció de pie hasta que el fiscal le entregó la carta mirándole con curiosidad.

—Debo declarar, además, que me es imposible continuar ejerciendo el cargo de jurado.

—Para esto precisa aducir motivos plausibles.

—El motivo es que considero cada sesión del tribunal no sólo inútil, sino indigna.

—¿Sí?—replicó el fiscal sonriendo, como si aquella declaración le divirtiera.—Comprenderéis, sin embargo, que, en calidad de magistrado, no puedo estar de acuerdo con vos. Os aconsejo que esto lo declaréis al tribunal. Si éste admite la excusa, bien; sino os impondrá una multa.

—Ya lo he dicho,—afirmó Neklindoff,—y os aseguro que no vuelvo á entrar en la sala del tribunal.

—Tenía el deber de deciroslo—repuso el fiscal inclinando la cabeza.

Apenas salió Neklindoff, entró uno de los magistrados.

—¿Quién estaba aquí?—preguntó.

—Neklindoff, ese que en el consejo de Krasnopiorsck siempre proponía extravagancias. Ahora quiere casarse con una presa condenada á trabajos forzados.

—¿Es posible?

—Me lo acaba de decir... y parecía bajo el imperio de una gran exaltación mental.

—La juventud de hoy día creo que no tiene cabal el juicio...

—Sí; pero ese no es tan joven...

—¿Sabéis que vuestro tan alabado Yvaschencoff nos ha aburrido? Habla como una taravilla.

—Es preciso hacerlo callar. Es un caso de obstruccionismo expontáneo...

XXXVI

Apenas salido del despacho del fiscal, Neklindoff se dirigió á la cárcel. Pero allí no estaba la Máslova y el director le explicó que debía estar en la cárcel vieja donde estaban los condenados á destierro.

Catalina Máslova estaba con efecto, en la cárcel vieja. Entre las dos prisiones había un largo trecho; así es que Neklindoff aún cuando no perdió un minuto de tiempo, llegó después del mediodía. Quiso acercarse á la puerta del edificio alto y sombrío; pero el centinela no lo permitió y tocó una campanilla. Apareció un llavero á quien Neklindoff enseñó su permiso; pero el llavero rehusó dejarle entrar sin consentimiento del director y Neklindoff tuvo que esperar á éste.

En tanto que subía la escalera, oyó tocar en el piano una rapsodia de Liszt.

Neklindoff preguntó á la criada si el director estaba en casa y le dijo que no.

—¿Cuándo estará?

—Voy á preguntarlo.

Calló el piano y se oyó una voz agria que decía:

—No está ni estará en todo el día. Decídselo al que pregunta.

Principió de nuevo la rapsodia; pero luego calló el piano, se oyó remover una silla y pareció que la pianista se aprestara á salir para saber quien era que á tales horas llamaba.

—Papá esta fuera—empezó á decir con voz ágría una señorita fea y paliducha. Pero al ver á un joven elegante se humanizó.

—Pasad, si lo deseáis. ¿Qué queréis?

—Quisiera ver á una presa; el fiscal me ha dado permiso.

—¡Ahí de esto no sé nada,—contestó la joven.—Papá está fuera. Pero si queréis ver al vicedirector, le encontraréis en su despacho. ¿Queréis decirme vuestro nombre?

—Os doy muchas gracias,—replicó Neklindoff, sin contestar á la pregunta.

Apenas llegaba al final de la escalera oyó de nuevo el ruido del piano.

En el patio halló un empleado quien le dijo que teniendo permiso para la cárcel nueva no podía dejarle entrar en la vieja y que, además la hora de visita había pasado.

—Venid mañana á las diez; es la hora de visita y además el director estará en su despacho.

Neklindoff volvió hacia su casa sin acordarse sino de Katiuscha y de las conversaciones tenidas con el fiscal y los empleados. El hecho de haber procurado ver á Katiuscha por todos los medios posibles, de haber manifestado su decisión el fiscal, de haber ido á las dos cárceles le había sobreexcitado los nervios, que no querían ahora calmarse.

Al llegar á su casa sacó el cuaderno de sus notas en que consignaba sus impresiones y escribió así:

«Hace dos años que no escribo nada de mi vida, porque la juzgaba una puerilidad, creo que lo es; es un diálogo entre mi conciencia y con aquel «yo» verdadero é intelectual que vive en todo hombre. Durante eso dos años, este «yo» había quedado obscurecido. Ahora ha despertado á impulso

de un hecho extraordinario. El 28 de Abril, en la audiencia, en un proceso en que tomé parte como jurado, he visto en el banquillo de los acusados, con traje de presa á mi Katiuscha, aquella niña que seduje, y, por un error mío, ha sido condenada á trabajos forzados. En este instante vengo de la cárcel y de ver al fiscal. No me la han dejado ver; pero he resuelto hablarla, pedirla perdón, expiar mi culpa hasta con el matrimonio. ¡Dios mío! ayúdame... ¡Siento que una alegría inmensa inunda mi corazón!...»

XXXVII

Aquella misma noche, la Máslova, hundida en una cama no podía conciliar el sueño; con los ojos muy abiertos, contemplaba tan pronto la puerta como la hija del diácono que continuaba paseando, y un tropel de pensamientos asaltaban su mente. Pensaba que no le convenía hacer caso á ningún preso; pero que debía tratar de unirse á un carcelero, á un escribano, á un empleado. ¡Las mujeres gustan tanto á todos! Lo que la horrorizaba era el pensamiento de que podía adelgazar: aquello sería su ruina.

Recordaba que en la audiencia la habían mirado de un modo complaciente todos los magistrados, los soldados, su defensor. Recordó que la Berta le dijo que un estudiante á

quien quería cuando estaba con la Rosanov había ido á preguntar por ella. Se acordaba de todo y de todos, menos de Neklindoff.

La Máslova no guardaba ni un vago recuerdo de su infancia, de su juventud, de sus amores con Neklindoff. Aquellos recuerdos, que le eran más dolorosos, los tenía guardados en lo más íntimo de su alma, encerrados bajo llave para siempre, y ni aún en sueños habría visto á Neklindoff.

Cuando en la sala del tribunal fijó en él su mirada, no le reconoció; no tanto porque el príncipe llevaba la barba y estaba bastante cambiado, sino porque jamás pensaba en él. Había sepultado todos sus recuerdos una noche negra y tremenda, cuando Neklindoff, de vuelta de la guerra, había rehusado ir á casa de sus tías.

Hasta aquella noche, en la esperanza de verlo, no le causaba pena aquella criaturita que llevaba en sus entrañas. Pero después todo cambió, y aquel niño que debía nacer le parecía insoportable carga.

Aquella noche las tías esperaban á Neklindoff; pero éste había telegrafiado que no podía detenerse porque debía estar en Petersburgo el día siguiente, y Katiuscha, sabiéndolo, fué á la estación para verlo. Katiuscha ayudó á desnudar á las solteronas y después se puso un pañuelo en la cabeza, tomó consigo una niña, hija de la Maska, la vieja cocinera, y se fué á la estación, donde á las dos de la madrugada debía estar el tren que conducía á Neklindoff.

Era una noche tempestuosa de otoño; soplabá fuertemente el cierzo y la lluvia caía en gruesas gotas. La obscuridad era tan grande que ni el suelo se veía. Katiuscha, aun cuando conocía muy bien el camino, se extravió en el bosque, obscuro como boca de lobo. Cuando llegó á la estación, el tren iba ya á marchar. La campana había dado dos toques.

Al llegar al andén, Katiuscha vió al príncipe de pie en un vagón de primera clase. En el departamento, iluminado por una luz muy viva, dos oficiales jugaban á cartas.

Neklindoff, apoyado en uno de los sillones, con la camisa muy blanca y pantalones de caballería, reía estrepitosamente. Katiuscha llamó á los cristales con sus dedos rígidos por el frío; pero en aquel momento sonó de nuevo la campana y se movieron los coches. La joven llamó de nuevo y se acercó á la ventanilla; pero el vagón huía y Katiuscha empezó á andar de prisa para atraparlo. Uno de los oficiales trataba de bajar el cristal y no consiguiéndolo, Neklindoff se acercó á la ventanilla.

El tren había acelerado su marcha y aunque Katiuscha corría para ver de nuevo al príncipe, los coches de primera estaban ya lejos y por su lado avanzaban y desaparecían los de segunda y tercera clase, á pesar de que ella no cesaba de correr. De repente salió del andén cubierto y una ráfaga de viento le arrancó el pañuelo de la cabeza y le pegó las sayas á las piernas.

—¡Tía Mikailovna! ¡Tía Mikailovna!—gritaba la muchacha siguiéndola de lejos,—habéis perdido el pañuelo.

Katiuscha se paró bruscamente, volvió hacia atrás la cabeza y prorumpió en amargo llanto.

—¡Se val—gritó.

El, sentado en una poltrona de terciopelo, en un vagón elegante y bien iluminado, bromeaba y bebía; ella, en cambio, abandonada en mitad de las tinieblas, bajo el viento y la lluvia, ¡lloraba, lloraba! A tal pensamiento se tiró al suelo y sollozaba tan desesperadamente, que la niña, asustada, le suplicó:

—¡Tía, vamos á casa!

Katiuscha no contestaba. Estaba resuelta.

—Cuando venga otro tren,—pensaba,— me echo bajo la máquina, y ¡así acaba todo!...

De repente sintió removerse algo en sus entrañas. Era él, el niño, su niño; y por él olvidó cuanto la atormentaba un momento antes, su odio contra el príncipe, su deseo de vengarse de él matándose.

Tranquilizada, se puso de nuevo el pañuelo y, cansada

y angustiada, se fué hacia casa, con el vestido chorreando y manchado de barro.

Desde entonces empezó en su ánimo la transformación que debía traerla á la situación en que se hallaba.

Primero había tenido fé en Dios, en cuanto la tienen los demás; pero desde aquella noche cesó de creer en Dios, no comprendió que ninguno creyera, y pensó que cuanto se decía de El y de sus leyes era engaño é injusticia. Neklindoff que la amaba, de quien sabía que era amada, se burlaba de sus sentimientos!... Y Neklindoff era mejor que los demás hombres que ella conocía...! ¡Cómo serían los otros!

Los demás acontecimientos la confirmaron en tal creencia. Las solteras la echaban de casa cuando no servía para bestia de carga; las demás personas la habían tratado sin compasión. Las mujeres se aprovecharon de ella para ganar dinero: los hombres, desde el viejo *stanovci* al carcelero, la consideraron como instrumento de placer. Ninguno la quería para otra cosa. De aquello la persuadió el viejo escritor que conociera poco después de su caída. Solía decir que el placer era la felicidad, la estética, la poesía de la vida. Cada cual vivía para sí mismo y para la consecución del propio placer; y Dios y el Bien eran vanas palabras.

Cuando alguna vez se preguntaba por qué existía tanto mal en la tierra, por qué todos hacían mal á los demás, por qué era tan universal el padecimiento, se respondía á sí misma que todo aquello eran pensamientos molestos y que era preciso suprimirlos. Bebiendo y fumando se olvidan todas las supersticiones.

XXXVIII

Al día siguiente—era domingo—cuando á las cinco de la mañana resonó en el departamento de las mujeres el acostumbrado silbido, la Koralblova despertó á la Máslova.

—¡Mujer de galera!—pensó esta con terror, restregándose los ojos y respirando con fatiga el aire pesado y fétido. Quería dormirse de nuevo; pero el miedo venció al sueño. Se puso en pie, se sentó después á la orilla de la cama y miró á su alrededor.

Las mujeres estaban todas levantadas. Unicamente dormían los niños. La vendedora de vino se vestía procurando no despertar á los niños. La tísica, apretándose las manos contra el pecho, con el rostro amarillado, tosía de un modo horrible, y en los momentos de respiro se quejaba casi á gritos. La pelirroja, contaba alegremente un sueño que había tenido. La viejecita, de pie ante la imagen santa, murmuraba sus plegarias. La hija del diácono, sentada en la cama, miraba en torno con los ojos aún cargados de sueño. La Coroschavka se arreglaba su pelo negro grasiento.

Resonaron pasos en el corredor; fue quitado el cerrojo, con gran estrépito y entraron dos carceleros con pantalones

nes grises muy cortos que quitaron el cubo fétido de la sala.

Las mujeres habían salido al corredor para lavarse. Pero allí la pelirroja y otra mujer salida de otra cuadra se enzarzaron y de nuevo resonaron blasfemias, golpes y quejas.

—¿Quieres callar? —gritó un llavero dando una puñada tan fuerte sobre la espalda gorda y desnuda de la roja, que resonó por el corredor.—¡Ya verás si te oigo otra vez!

—Estás de broma, viejo demonio,—contestó la mujerona.

—¡Pronto, pronto! A arreglarse para la misa.

La Máslova tuvo apenas tiempo de peinarse. Apareció el director acompañado de un carcelero,

—¡Contestar á la lista! —gritó un empleado.

De las otras cuadras habían salido las demás presas. Formaron en dos filas á lo largo del corredor. No faltaba ninguna. Una de las llaveras las acompañó á la capilla.

La Máslova y Fedossia estaban en el centro de la columna formada por más de cien mujeres. Todas llevaban pañolito blanco en la cabeza y tenían de igual color la blusa y las sayas: sólo de cuando en cuando se veía un vestido de color distinto; eran las mujeres que habían ido á ver á sus maridos. Al dar la vuelta á un corredor la Máslova se encontró con la cara repugnante de su enemiga la Botchkova y la señaló á Fedossia.

Bajada que fué la escalera, entraron las mujeres en la iglesia, persignándose. Se sentaron en los bancos de la izquierda, apretándose unas contra otras. Luego entraron los presos destinados á ir á Siberia, que se colocaron á la derecha.

La capilla, recién construida y muy adornada, gracias á la munificencia de un comerciante que se gastó muchos miles de rublos, resplandecía como una ascua de oro.

Durante unos momentos no se oyó sino ruidos de toses, de gente que se sonaba, gritos de niños y de cuando en

cuando ruido de cadenas. De repente los carceleros se acercaron unos á otros formando dos filas por entre las que pasó el director que se colocó delante de todos.

Empezaba la función sacra.

XXXIX

El sacerdote se puso una especie de sobrevesta muy incómoda de una tela de brocado muy gruesa. Cortó después en muchos pedacitos un pan que colocaba sobre un plato; después, en tanto que rezaba en voz baja, echaba pedacitos en un cáliz. Entre tanto el diácono leía y rezaba sin perder momento, en un slavo casi incomprensible. Se advertía en seguida que la mayoría de las plegarias eran invocaciones al cielo en favor del Czar y de la familia imperial.

Después el diácono leyó algunos versículos del *Libro de los Apóstoles*, con voz tan extraña y ronca, que no se entendía una palabra. El sacerdote leyó luego el Evangelio del día con voz clara y distinta. Era el trozo del Evangelio de San Marcos en el que se explica como Cristo, después de resucitado, antes de ir á sentarse á la diestra de Dios Padre, se presentó á María Magdalena, luego á los once apóstoles.